

Samuel Feijóo

El elefante galante

Esto que voy a contar es nuestro cuento favorito, contado así en escritura, poco vale; con gestos que es como vale, con bullas y carreras por la casa del escucha. Este cuento no se completa, pues, sin el estruendo de las imitadas cornetas y trompetas que él necesita para ser un cuento visto, oído y entendido a cabalidad. Pero lo narramos de algún modo para que algo quede del mayor cuento de risa que hemos oído jamás, al ser contado como es y como debe ser.

Resulta que nuestro buen amigo, el viejo barbero Agustín Díaz, campesino de pura cepa, muy alegre barbero, nos oyó una vez hablando de elefantes, un tema preferido, por ser este un animal fantástico, el más fabuloso y asombroso animal del mundo, el más extraño e impenetrable para nosotros, maravilla terrenal y pasmo de escuchantes. Es un animal inexplicable que se resuelve en risas cuando entra en nuestra conversada para que el campesino lo atienda y le dé vueltas y se lo asimile y se lo explique y lo ponga a andar en su mente. Lo que sale de la experiencia de ellos con elefantes de circo, de cuando lo vieron, y qué sintieron, y sus juicios, son gratisimos asombros, risas, deleite grande. Con ellos aprendimos que si un elefante le da un tapazo de sus orejas a un mono lo esnuca; que al que se le plante arriba lo vuelve un sebo; que la caca del elefante hay que llevársela de la pista del circo en carretilla, porque un guajiro lo vio hacer caca una vez en plena función y aquello no tuvo nombre, tuvo que venir un tarugo con una carretilla a llevarse el torreón que se levantó en la pista; que un elefante no quiere correr nunca, porque es muy lento, pero que cuando se enfurece y arranca con ganas de correr no hay quien lo pare, porque no sabe pararse, y se lleva a un pueblo en la trompa; que los colmillos del elefante no tienen significado; que el elefante tiene dos rabos, el de atrás y la trompa; que tiene ojos de puerco; que no es malo; que duerme de pie porque si se tumba tienen que traer la grúa de Capetillo para levantarlo; que una vez un circo ambulante medio quebrado rifó un elefante y se lo sacó un campesino que se fue muy orgulloso para su casa con el bicho,

asombrando a las gentes, y que del primer viaje éste se metió en la panza diez serones de yerba bruja, cien aguacates, seis manos de plátanos machos, un cajón de boniatos y una pipa de agua. Asustado, el campesino lo botó para el camino y el elefante volvió y le dio treinta golpes de trompa en la puerta de la casa y lo amenazaba con subirse al tejado para hacer estragos. Lo recogió otra vez y el elefante le comió, de un trompazo que dio, un serón de maíz y otras seis manos de plátanos, medio barril de agua y una tonga de malanga de semilla. Desesperado, el campesino le dio a beber treinta galones de miel y el elefante se emborrachó. Borracho, lo agarró por la trompa y se lo llevó a una zona muy lejana, y lo abandonó en un maizalito y cuando llegó a su casa, contento, se encontró con que el elefante ya le había comido medio platanal, porque había echado una uña volandera. Lo jaló otra vez, le amarró otra vez la trompa y lo metió en una carreta y lo arreó 17 leguas durante tres días y lo vino a soltar por Potrerillo, a donde el diablo dio las tres voces y nadie lo pudo oír. Cogió un tren y se volvió para su casa y allí tuvo breve contento, porque a los pocos días, se le aparecieron dos soldados con más de cien campesinos que lo habían visto pasar en carreta con un elefante y que venían a reclamarle miles de pesos de siembras estragadas por el animal, que volvía también en la carreta. Todo esto enfermó de gravedad al que se sacó la rifa, y al elefante hubo que montarlo en un barco y mandarlo para el Canadá, donde un loco lo quería para meterlo en una piscina y verlo nadar impávido.

Como el tema, pues, es inmenso, cuando el barbero Agustín nos dijo, entre tijeretazo y tijeretazo, que a él le había pasado algo increíble con un elefante casi nos arrodillamos rogándole, por favor, que nos lo contase, que de seguro iba a ser algo glorioso...

—No, nada de glorioso tiene el asunto... porque eso fue cosa de espanto general —nos respondió Agustín, con cara seria—. Voy al grano. La cosa fue por 1916, en el pueblecito de Taguasco, de donde soy nativo. Entonces no había hielo, ni luz eléctrica, ni refrigeradores, ni televisión, ni radio, ni cine, ni automóviles, yipis, ni nada de lo que hay ahora. Lo más importante era ir por la noche a ver

pasar el tren por la estación... Una sola calle de tierra, con casas a un lado y otro... con tiendas, los cafés, el ayuntamiento, la botica, y la barbería mía. Miles de caballos sí había. La gente usaba pantalón estrecho de pistolita y el bigotón. Era un pueblo de guajiros. Allí nadie llevaba leva. De tabaco sí que se hablaba. Corría alguna plata y yo estaba muy bien con mi barbería y con el sexteto que tenía, donde cantaba y tocaba el bongó. En aquel pueblo tranquilo no había más diversión que tomarse unas cervezas alemanas de botella blanca que servían luego para hacer canteros en las hortalizas de lechuga y rábanos, enterradas de pico, poniéndoles las nalgas al aire. Se veían bien. Entonces un amanecer temprano se apareció el fenómeno: el circo. ¡Circo! El que no ha vivido en el campo, entonces, no sabe lo que es circo; nunca lo sabrá... sí... nunca... nunca. El circo era la gloria, el paraíso mismo. ¡Las hembras que venían de equilibrista y de trapeceista!

¡Y qué rumberas...! A los guajiros se les volvían cepillos los bigotes al verlas, del erizamiento que cogían. Y luego la monería y la perrería que traían y los payasos y el borracho de la cuerda floja y mil fenómenos que daban grima: una gorda de treinta arrobas, mal medidas, una mujer con patilla larga por un lao de la cara y lisa por la otra, con medio bigote nada más... Hay que haberlo visto como lo vi yo y lo toqué... Y un enano casao con enana que no medían pie y medio entre los dos... Eso no tenía nombre... Cuando llegaba el circo el pueblo empezaba a temblar de alegría y los niños no podían comer de lo nerviosos. A mí, las tijeras se me encasquillaban de la emoción, y pelaba mal, tusaba; pena me da decirlo pero es que aquéllos sí eran circos!...

Resulta que ese amanecer todo el mundo se apareó y se aforró bien para ir a la función de la noche. De las colonias de cañas empezó a bajar el gentío para pelarse y ponerse bonito. Todo un pueblo se me apareó en la barbería, a pelarse y ponerse bonito. Contraté unos ayudanticos y la gente se sentaba en cajones y sillas y se pelaban seis a la vez. Yo tenía turno hasta de diez para mi sillón. Mis tijeras volaban... Y la verdad es que ante la la arribazón del dinero se me olvidó el circo. Mi almuerzo fue un vaso de leche, y seguí pegao al sillón pela que pela. Había que

aprovechar el filón... Tenía la barbería llena y cuando se iba uno entraban tres. ¡Qué entusiasmo!... Pero entonces me llegó la fatalidad... A eso de las tres de la tarde a las gentes del circo se les ocurrió hacer un desfile de sus animales y artistas por la calle única del pueblo. Yo sentí los primeros trompetazos cuando tenía a Valladares a medio pelar. Le estaba dando unos cortes detrás de la oreja cuando aumentó la música. De un vistazo enfrente vi los portales llenos de gente esperando por el desfile. Yo sabía bien lo lindo que era ese desfile, pero tenía mucho trabajo y no abandoné al peludo. Yo sabía que esas gentes del circo mandan alante la banda de música con tambores y clarinetes azocando y que a pocos pasos vienen los animales, los perros amaestrados, las pulgas enseñadas, la monería saltando, los gordos caballos, blancos, vestidos con albardas de colores, las hembras con trajes de malla echando brillos, los payasos con las caras untadas de cascarilla y las bombas rojas, los equilibristas, el hércules matasiete, el descoyuntado, la muerte!... ¡Un mundo de bellezas sublimes! Yo lo sabía bien. Por eso le dije a mis ayudantes barberos: Sigán pelando; hay que aprovechar el tiempo. ¡Lo bueno es a la noche, esto es bulla y tropelaje nada más!

Pero no contaba con el elefante... Venía delante, con el ruido de la música atrás. Lo traían alante... y la gente se quedó embobada... Lo traían alante solito con el moco pintado de azul prusia y con redondeles colorados dándoles vueltas a los ojos, y unos bastos de seda, y a las orejas le habían dado cal y le habían puesto en el frentón una boina tremenda, amarilla... El pueblo temblaba de emoción con aquel fenómeno de la naturaleza y yo entretenido pelando al peludo y mis barberos echándole tijera seguido al pelo de los clientes, a los que se le botaban los ojos para afuera para ver el desfile paseando por la calle. Yo tenía voluntad. El trabajo primero. No podía perder atención con cien clientes afuera y el poco tiempo que nos quedaba... Yo recuerdo que tenía el perfumeador en la mano y estaba de espaldas a la calle cuando pasó el elefante, que es un ser muy curioso y parece que oyó el ruidito del perfumeador y como es tan curioso se paró y lo pensó y entonces metió la patona en la barbería... Luego el moco, y me quitó el perfumeador de la

mano sin que yo lo viera a derechas. Lo único que creo que vi algo fue el moco color gris y algo rasposo que con una suavidad de rosa se encajó el perfumeador entre los dos ojitos que tiene en la punta del moco. Yo no pude entender qué era eso, porque nunca había visto un moco de cerca ni soñaba que allí hubiera elefante y menos que metiera el moco para adentro a cogerme el perfumeador sin que yo lo viera. Así que no reaccioné porque era la primera vez que yo veía un moco de elefante, pero sí me di cuenta que me había volado el perfumeador y me viré a ver que era aquello y fue entonces cuando vi la cabezota delante de mí y se me trabaron los pies y reulé contra el espejo de la pared y vi al elefante perfumándose las dos orejas con un carácter serio, una primero y la otra después... Exprimía el bolso del perfumeador y se perfumaba y le gustaba mucho, según pensé luego que me parecía, pero yo no tenía miembros para correr como los demás hombres, los clientes, que habían volado por la puerta del patio, y no todos, porque tres salieron en cuatro patas hasta el patio para pararse allí y treparse luego al tejado. Al peludo mío le vi el pañal volando por atrás del cuello. Del tirón que dio el pañal se le fue para atrás y el pañal flotaba de la velocidad. Pero yo no me pude mover viendo aquel monstruo perfumándose, pegado en la pared y temblando todo mi organismo. Al fin se salió a paso lento para la calle casi desierta, pues la gente había cerrado todas las casas, del susto, y yo lo ví cómo reulé despacio y se fue con mi perfumeador para la calle a reunirse con los monos y la payasería y todos los animales y los músicos que iban tocando a todo meter calle abajo. Iba perfumándose la trompa marchando como un veterano calle abajo entre la monería y las pulgas y el corre-corre del pueblo... Eso fue lo último que vi porque fue cuando se me contrajo el estómago y caí de rodillas en el portal, desmayado, dándome un golpe contra las lajas del piso de donde me vinieron a recoger los vecinos Juan el Gago y Victoriano Travieso.